



RODRIGO PALACIOS

LA CÁMARA DEL ORO

polar

 edhasa

La Cámara del Oro del Banco de España almacena noventa toneladas en lingotes y monedas, además de una inmensa colección numismática de incalculable valor, que incluye piezas de los más diversos orígenes y épocas históricas.

Se encuentra situada a treinta y cinco metros de profundidad, bajo el patio de operaciones, y tiene una superficie de dos mil quinientos metros cuadrados, mil de los cuales corresponden a los muros de hormigón armado.

Para acceder a ella hay que superar, en este orden, un ascensor que baja hasta el sótano, una puerta acorazada de dos metros de diámetro y quince toneladas de peso, otro ascensor que desciende al nivel de la cámara, un puente retráctil sobre un foso inundable, una puerta hermética y la segunda y tercera puertas acorazadas, de alrededor de diez toneladas cada una. Todo el recorrido es vigilado con sensores de presencia y cámaras de seguridad.

Las puertas acorazadas sólo se pueden abrir con dos llaves y un par de claves que se custodian de manera independiente en dos departamentos diferentes del banco. En caso de alarma, el puente se retiraría y el foso se llenaría de agua para cubrir la puerta hermética e imposibilitar la entrada.

Nadie ha logrado entrar en la Cámara del Oro sin autorización.
Nadie lo ha intentado nunca.

CAPÍTULO 1

14 de abril de 1936

Cruce del paseo de la Castellana con la calle de Fernando el Santo

Llovía.
He perdido muchos detalles del día en que mataron a Julia, pero nunca olvidaré una lluvia como aquella. Tan espesa. Caía sobre nosotros como un mal presagio.

La calle estaba abarrotada. Nadie quiso marcharse, a pesar de la tormenta. O precisamente por ella. Supongo que se lo tomaban como una buena señal. Un símbolo. Algo que los refrescaba y enardecía.

Así somos los españoles. Así hemos sido siempre. Lo criticamos todo, pero luego nos sentimos dichosos cuando tenemos la oportunidad de formar parte de algo grande. Una cosa es parte de la otra. Nos gusta criticar porque no queremos arriesgarnos a creer que puedan pasarnos cosas buenas.

Aquello nos estaba sucediendo a todos, y algunos intuían que podía ser bueno.

Otros no.

Al fondo del bosque de paraguas, distinguí al señor Azaña, de camino a la tribuna. Levantó la mirada hacia el cielo, como si le recriminara por aquella manta incesante de agua. Era redondo, con esa papada prominente y sus ridículas gafas delante de aquellos ojos tristes. Y, sin embargo, tenía presencia. Tenía aquello que yo admiraba tanto entonces, en mi juventud. Me quedaba hipno-

tizado contemplando las maneras de aquellos hombres. Me preguntaba qué sería lo que se estaba fraguando dentro de su cabeza para lograr vestir sus movimientos con aquella solemnidad.

Ya no me lo pregunto. Mi mirada es hoy como era entonces la de Azaña, y sé que detrás de ella no había nada más que el reflejo de una molestia. La pesadumbre de los años. De las preocupaciones.

De las dos cosas.

★ ★ ★

El general Miaja miró hacia la tribuna, esperando que le concedieran el permiso para comenzar. Entonces dio la orden. Sonó un tambor. Los que aún hablaban enmudecieron. Durante un instante, sólo se escuchó la lluvia. Como en los entierros.

Julia se apretó contra mi brazo sin atreverse a decir nada. La mire y sonreí. Me sentía la persona más afortunada del mundo. Ella también. Cada uno por un motivo.

A ella le embargaba la emoción del momento: de estar allí y de poder verlo todo tan de cerca. Verlos a ellos, al Gobierno, celebrando lo que celebraban, y por un momento tener la sensación de que de verdad festejábamos cinco años de lo que fuera que se hubiera conseguido. Todo parecía frágil.

A mí me daba igual. Me importaba un carajo la República, la tribuna presidencial o el condenado desfile. No podía pensar en nada más que en ella. Tenía quince años. ¿En qué otra cosa podía estar pensando?

Julia tenía la piel morena, como su madre, una andaluza de ojos tan intensos como los de un oráculo. Los de Julia eran oscuros, pero conservaban la misma profundidad, aunque no tan inquisidora. Era más como la oscuridad de un escondite. Te envolvía con la mirada. Sus ojos abrigaban. Yo me preguntaba cómo era posible que me estuviera mirando a mí. Todas las veces, sin excepción.

Pegó la cabeza a mi hombro y se acercó a mi cuello. Sentí el impulso de besarla, pero lo reprimí. Ojalá no lo hubiera hecho.

Si Julia siguiera viva, no sería capaz de verla a ella como me veo a mí mismo: gastado. A ella la seguiría viendo como aquel día. Me bastaría con sus ojos. A partir de ellos reconstruiría el retrato de aquel tiempo.

Al inicio del desfile, me invadió el deseo de sacarla de allí. De raptarla. Apretarla contra algún rincón hacia el que nadie estuviera mirando y recorrerla... Uno se hace mayor, pero no olvida esas cosas. Los impulsos. El cuerpo los recuerda. Se hace joven otra vez y vuelve a sentir las mismas ganas.

No nos movimos del sitio hasta el primer estallido. Fue a nuestra izquierda, justo detrás de la tribuna. Apenas hubimos girado la cabeza cuando arrancó otra sucesión de pequeñas explosiones. Era una traca de petardos, pero nos pusimos nerviosos. La gente se retiró atropelladamente. Intenté proteger a Julia con mi cuerpo. Nos echamos hacia atrás. Algunas mujeres gritaron. Escuché a los caballos relinchar. Uno se puso a dos patas, por encima de las cabezas. Recuerdo haber pensado en quien estuviera en ese momento delante del caballo, en que lo aplastaría con el ímpetu de aquellos ojos tan abiertos, con las crines erizadas.

El humo gris se elevaba y parecía temblar con cada nueva detonación. Yo me temí lo peor, porque cada vez sonaba más fuerte. Sin embargo, la traca terminó y nos atrevimos a asomar por un extremo.

Se había formado un pequeño tumulto en el suelo. Golpeaban e insultaban a un hombre que se mantenía encogido y con las manos sobre la cabeza. Alrededor del grupo, otros tantos gritaban como una jauría. Retraían el gesto, angustiados. Se atrevían a lanzar un improperio y regresaban a la seguridad de la mueca.

—¡Vámonos! —Julia me trepaba por la espalda como si los pies le quemaran en el suelo—. ¡Vámonos de aquí, Antonio, por favor!

Dos guardias civiles se esforzaban por deshacer la algarada, llamando al orden. Sacaron al hombre como pudieron. Estaba despeinado y rojo como un tomate, buscando alrededor con los ojos desorbitados. Su aspecto despertó la risa de algunos espectadores. Aquello hizo que el tipo se envalentonara.

—¡Yo también soy del «pueblo»! —gritó a nadie en particular, tratando de recomponerse—. ¡He hecho esto porque era mi voluntad!

Las risas crecieron y se multiplicaron. Hacía falta reírse después del susto. Yo también sonreí.

Uno de los miembros del Gobierno se abalanzó sobre el balcón de la tribuna y levantó el puño hacia la calle.

—¡Viva la República! ¡No ha sido nada! —exclamó en voz alta—. ¡Viva la República, compañeros!

Enseguida obtuvo respuesta. Mucha gente se sumó a la proclama desde el otro extremo de la Castellana. Los guardias ya se llevaban al hombre de los petardos, que aún insistía en su derecho a expresarse.

—Antonio, por favor —suplicó Julia.

La calma estaba restableciéndose. Quedarse no me parecía peligroso, pero comprendí que su urgencia iba más allá de lo que acababa de ocurrir. Miraba hacia todas partes, temerosa de que apareciera alguien.

—Está bien, tranquila, mujer —dije—. Ya nos vamos.

Podríamos habernos marchado por la calle de Fernando el Santo; era hacia donde ella se dirigía. Pero le pedí que se quedara. Los tambores sonaban otra vez, el desfile continuaba. Me daba rabia que se lo perdiera, con la ilusión que tenía por verlo.

Se lo pensó un momento y, al final, accedió. Me he arrepentido tantas veces...

Anduvimos hacia la plaza de Colón, pero había demasiada gente y costaba avanzar. Nos detuvimos un poco antes de llegar al palacio de Villamejor, que por aquel entonces era la sede del Gobierno. La entrada estaba abarrotada. Cuando llegamos, me puse de puntillas y comprobé que la Guardia Civil estaba desfilando por allí delante. Agarré a Julia por debajo de los brazos y la levanté para que también pudiera verlo. Dijo algo que no pude escuchar, pero que me sonó alegre. Me sentí más tranquilo. Ya se nos había pasado el susto. Allí estábamos, otra vez solos, en medio de toda aquella gente. Solos con nuestros problemas, con nuestra pequeña intimidad rodeada de extraños.

Cuando la bajé de vuelta a mi lado, estaba pálida. Me lanzó una mirada de preocupación que no había visto nunca antes en su rostro.

—Antonio... —balbuceó—. Estaba sacando algo de la chaqueta.

Los ojos se le enrojecieron. La sostuve con ambas manos y la noté tiesa como una estaca.

—Julia —dije sin comprender.

Detrás de ella, un pequeño grupo de hombres levantaban los puños. Los proyectaban al cielo como si quisieran parar la lluvia a puñetazos. Estaban cantando, una y otra vez:

—¡U. H. P! ¡U. H. P!

Julia lo recibió como una reprimenda contra ella. Se puso a llorar, apretando los dientes y enseñándomelos al tiempo que negaba con la cabeza.

—Le he visto —sollozaba—. Le he visto.

El volumen de las voces crecía.

—¡U. H. P! ¡U. H. P!

—¿A quién? —interrogué.

—¡¡U. H. P!! ¡¡U. H. P!!

Julia se encogía, plantada en el suelo. Seguía negando con la cabeza y parecía ignorarme.

—Me ha visto —musitó con terror.

Un disparo rompió seco entre el rumor de los tambores. Demasiado cerca. Inmediatamente, llegó un chillido que dio paso a muchos más. Hubo un segundo disparo, más relinchos de caballos; el ruido de objetos que caían. Abracé a Julia y me aparté a un lado con ella.

En realidad, fueron los demás los que nos apartaron. La gente corría y nos empujaba igual que a perros que estuvieran obstaculizando su camino hacia la salvación. Sonaron más disparos y más golpes. Un niño llamó a su madre. Otro gritó. Me duele, me duele. Algunos paraguas aterrizaron y de inmediato fueron pisoteados y astillados, quebrados entre la marabunta de tobillos. Me quedé sobre Julia, que se agazapaba y mantenía las manos sobre la cabeza. Dijo algo que no entendí. La lluvia siseaba sobre el eterno

charco de la calle. Las voces que cruzaban a mi lado eran de animales; no decían nada. Trozos de palabras, jadeos y gemidos de miedo que se amontonaban y huían.

Detrás eran diferentes. Voces ausentes. Decían «Dios mío» y «Viva la República».

Los disparos callaban todas aquellas frases. Me pisaron varias veces y no dejaron de correr. Estábamos apretados contra el edificio y nos encogíamos con el estallido de cada bala. Rezaba para que ninguna rebotara en ningún sitio.

En algún momento dejé de percibir la presión del gentío y asomé la cabeza como una tortuga que sale de su caparazón. La acera había quedado despejada. Algunos ya no estaban, otros habían caído al suelo. Vi levantarse a señoras despeinadas, desvalidas frente a la indiferente fuerza de la lluvia. Un niño tiraba de la mano de su madre, que lloraba y pedía paciencia. Al fondo estaban los guardias civiles; los veía mejor que antes. El desfile había perdido su formación; caminaban en todas direcciones. Desde atrás y de más adelante, llegaban miembros de otras unidades. Hombres de uniforme negro con esa lustrosa columna de botones que recorría sus pechos. Aquellos fusiles resplandecientes. Gruesos caballos montados por jinetes de verde, gris de tan mojados que estaban.

Imaginé el final de una batalla, con los vencedores engalanados y los vencidos tendidos sobre el fango.

Julia me acarició el brazo débilmente, todavía hecha un ovillo.
—Ya ha pasado —le tranquilicé.

Pero ella no pareció reaccionar. Balbuceó con un susurro:

—En la tripa, Antonio...

Recibí la bofetada de la lucidez. No tuve tiempo ni de negarme a entenderlo. Estiró los dedos para enseñármelos y para mostrárselos a sí misma: estaban rojos. Aparté la tela de su abrigo y descubrí la camisa manchada, calada ya de sangre. Había otra mancha en el suelo que la lluvia se empeñaba en disolver.

—Julia, quieta —le dije, igual que congelado frente a los ojos de una serpiente—. Dios santo.

Me puse en pie. Miré alrededor. Volví a agacharme. Ella no me estaba mirando a mí. Tampoco estaba mirándose la herida. Oteaba a lo lejos, hacia la plaza a la que no habíamos podido llegar. Recuerdo el agua resbalando sobre la palidez de su rostro. Recuerdo la certeza de que se estaba muriendo.

Me puse de nuevo en pie.

—Un médico —murmuré, como en un pensamiento. Necesitaba convencerme de que era verdad. Tomé aire y grité—: ¡Un médico!

Alguien más pedía ayuda. Luego fueron dos. Yo quería que se callaran. Ellos no comprendían lo que estaba pasando. No le habían dado a ningún soldado, a ningún político, a ninguna de esas personas que se morían en las páginas de los periódicos. La que estaba perdiendo sangre era Julia.

—¡Ayuda, por favor, le han disparado! —insistí.

Mi voz era aguda. Histérica. Se iba rasgando desde mi inmovilidad. Daba vueltas y seguía llamando con desesperación. Luego me topé con todos aquellos soldados mirándome desde la zona del desfile. Miraban hacia abajo, a mis pies. Julia estaba tendida en el suelo, como si me hubiera olvidado de ella.

Horrorizado, me agaché a recogerla y la aupé igual que se aúpa a un niño que se ha quedado dormido.

—Un médico —gemí.

Seguía perdida en aquella mirada lejana. En la de no querer dejarse ir. Uno de los brazos se le resbaló desde el vientre y quedó tendido en el vacío. El que lloraba era yo.

Alguien me tocó la espalda. Aparecieron dos hombres y agarraron a Julia por las axilas y por los pies.

—¡Vamos a la ambulancia, muchacho! —dijo uno—. Han desfilado hace rato, estarán por Colón.

Echamos a correr en dirección al centro de la calle, tropezando con la gente y con los restos de los paraguas. Julia encontró mis ojos y sonrió. Vi como sus labios dibujaban mi nombre, sin voz. Llegué a sonreír.

Qué sabía yo de heridas de bala. Tal vez los de la Cruz Roja pudieran curarlas.

En la calzada, los soldados nos abrían paso. Anduvimos acelerados entre la pulcritud de aquellos uniformes hasta que alcanzamos el dispensario. Los dos hombres metieron a Julia en la estrecha ambulancia y se marcharon igual que hubieron llegado, veloces a la caza de quien más los necesitara. Un médico levantó las ropas de Julia sin ningún pudor. Fue entonces cuando pude ver el agujero redondo del vientre, vomitando sangre a borbotones sobre su piel pálida. El sanitario levantó a Julia para mirarla por debajo. Masculló algo, abrió una caja metálica y sacó una gasa. La colocó sobre la herida y puso mi mano encima.

—No dejes de apretar —dijo.

Me hizo un gesto para que me echara hacia el interior del habitáculo y cerró las puertas traseras. El motor del vehículo rugió y la ambulancia empezó a moverse. Nos quedamos Julia y yo solos, con su respiración profunda. Resonaba dentro de aquella lata que gemía con cada curva. Yo no dejaba de apretar. Mi fuerza frente a su debilidad.

—Lo siento, Antonio —susurró.

Supongo que mi cara lo decía todo. Me sentía inútil. Desamparado.

—Ha sido culpa mía —añadió.

—No, Julia —respondí—. No digas eso, ya te van a curar.

Pero estaba llorando. Incluso hubo algo en su manera de cerrar los ojos y apartarlos que me hizo entender que sabía lo que decía. No eran devaneos sinsentido, frutos del desmayo.

—No deberíamos haber venido —se lamentó—. Nos tendríamos que haber marchado a la Sierra, como tú querías.

Su llanto creció. El vientre se le endurecía. La acaricé con un siseo, intentando que se tranquilizara.

—Nos van a ayudar —traté de calmarla—. En el hospital nos vamos a poner bien.

Hablaba en plural, como le hablan los padres a los niños. Así era como lo sentía, como si me hubieran disparado a mí.

Los frenos chirriaron y la ambulancia se detuvo. Abrieron las

puertas y el mismo tipo de antes sacó a Julia con la ayuda de un compañero.

Ella se atrevió a mirarme. Arrepentida.

—Te he querido mucho siempre —dijo.

Y se la llevaron escaleras arriba.

Yo me quedé junto a la ambulancia, porque me había sonado a despedida y porque acababa de golpearme el latigazo de una certeza. La carrera hasta la ambulancia había sido como un mal sueño, y había olvidado ciertas partes. Ahora las recordaba. Me veía a mí mismo junto a Julia, clamando por un médico bajo la lluvia. Los veía a ellos, a los que me ayudaron a llevarla al vehículo, hablándome mientras avanzábamos entre los soldados. Escuchaba al sanitario, lanzándome preguntas mientras examinaba la herida. Hablé con él. Le dije algo. Esperaba haber dicho lo correcto.

No estaba seguro.

Y había una estampa más clara. Más potente. La imagen de un hombre mirándonos desde la distancia antes de que se cerraran las puertas.

Un chico joven. De mi edad. La gabardina negra le quedaba grande. Llevaba las botas bien prietas. En su rostro vi pintada la angustia insostenible de una duda. Su mano derecha estaba retraída, medio escondida, pero acerté a ver el culebreo de un fino humo elevándose desde ella.

Apoyé la mano en la puerta de la ambulancia. Noté un temblor en el estómago. Tuve que agacharme para vomitar. Miré hacia lo alto de las escaleras por donde se habían llevado a Julia. Y empecé a trepar, encorvado igual que un borracho.

Alcancé la entrada del edificio y busqué alrededor, pero no la vi por ninguna parte. Me pesaba la frente. No tenía fuerza en las piernas. La llamé un par de veces, hasta que una de aquellas personas de bata blanca reparó en mí y me pidió que me sentara en una silla, a un lado del pasillo.

Allí me quedé, recuperándome. Esforzándome por no pensar. Es lo que hacemos cuando nos pasan estas cosas, cuando un

devaneo nos atrapa. Tratamos de pensar en otra cosa, porque así es como el cuerpo resucita y gana fuerzas: intenta distraerse.

Pero yo no podía quitarme de la cabeza la imagen de aquel hombre y del humo que emergía de su brazo escondido. Ese humo que no parecía de ningún cigarro. Ese humo que se insinuaba bajo la lluvia.

★ ★ ★

Pasó mucha gente por delante. Varias camillas. Personas haciendo preguntas. Hablaban de más disparos, de gente a la que habían golpeado, del desorden. Detenidos. Heridos. Adónde vamos a llegar. Qué ha sido de la humanidad. Qué podemos esperar ahora.

El desfile había acabado.

Después de un tiempo indeterminado, vi llegar a un hombre mayor, uno de aquellos que conservan una presencia imponente a pesar de los estragos de la edad. Estaba gordo, como Azaña. También llevaba gafas. Pero, por un momento, pareció ser capaz de ponerse en mi lugar. Al menos, de intentarlo.

Y lo dijo.

Lo que tenía que decir: Julia había muerto.

Y esa otra cosa. Esa que se me atravesó las entrañas. Esa que le dio sentido a todo lo que había pasado y que me transformó en un extraño dentro de aquella trama.

Esa que no he olvidado por más que he querido.

Esa que me ha perseguido.

Esa que no me ha dejado morir.

El secreto mejor guardado de Madrid se encuentra enterrado a treinta y cinco metros de profundidad y esconde un inmenso tesoro de noventa toneladas en lingotes y medio millón de monedas de oro. Para llegar hasta él hay que descender en dos ascensores, superar tres puertas acorazadas y un foso, además del infranqueable sistema de seguridad.

Desde que fue construida, nadie ha intentado entrar en la Cámara. Ni siquiera se lo había planteado Diana Akerman, *La Gata*, sospechosa de varios de los más increíbles robos jamás realizados. Pero las circunstancias han cambiado: uno de sus compañeros ha sido asesinado, y el resto de la banda puede estar en peligro. Todo apunta a un trabajo pendiente y a una traición.

La Gata se verá obligada a reunir a todo su equipo de nuevo y a enfrentarse con las sombras de su pasado. Pero no podrá lograrlo sin la ayuda de un hombre con el que nadie contaba. Alguien que ha esperado setenta años para consumir su venganza...

Rodrigo Palacios teje con destreza una historia trepidante, llena de suspense y emoción, donde aúna el convulso Madrid de 1936 con la corrupta ciudad actual, conectándolas en el tiempo a través de un lugar que sigue representando el mayor de los misterios.

ISBN: 978-84-350-1136-5



9 788435 011365